

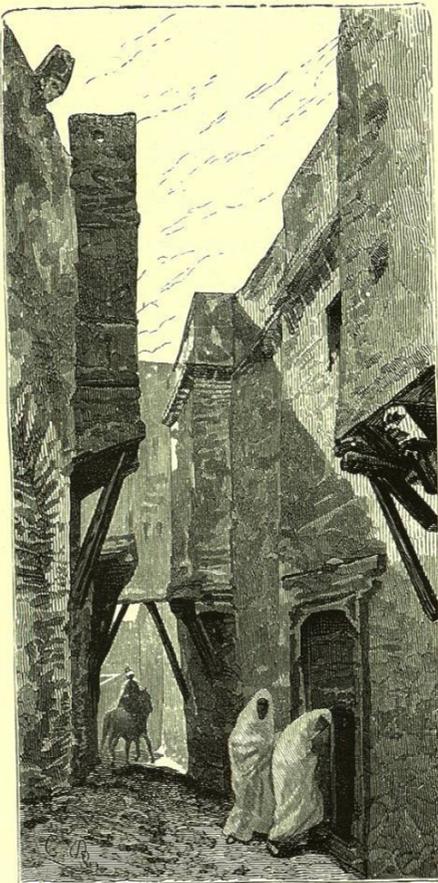
situada: á la izquierda una larga cinta reluciente, el Sebú: á la derecha la dilatada llanura de Fez, bordada de hilos de plata, que no otra cosa parecen los ríos de las Perlas y de la Fuente Azul; al Mediodía las azuladas cimas de la cordillera del Atlas; al Norte la sierra constituida por las montañas del Riff; al Oriente la vasta planicie ondulada, en la cual se encuentra la fortaleza del Teza, que cierra el paso existente entre la región hidrográfica del Sebú y el de la Mulaya; debajo de nosotros inmensas ondulaciones del terreno, cubiertas de doradas espigas de trigo y cebada, y cruzadas por senderos innumerables, flanqueados de líneas inmensas de pitas gigantes; una grandeza de líneas, una magnificencia de verdura, una limpidez en la atmósfera, un silencio, un reposo, que arrebatava el espíritu y sumía el alma en arrobadora contemplación. ¡Quién diría que en este terrestre paraíso dormita un pueblo decrepito, encadenado sobre un montón de ruinas! El monte que, visto desde la ciudad, afecta una forma cónica, tiene realmente una figura prolongada, siendo su cima dura peña. El capitán había subido á la punta más elevada: los otros, curando más de nuestra existencia, nos desparramamos por los picos inferiores, acabando por perdernos de vista. Pocos pasos había andado, cuando al salir de una pequeña garganta encontréme cara á cara con un árabe. Detúveme y se detuvo mostrándose por demás sorprendido de verme solo. Tendría como cincuenta años, de aspecto adusto, é iba armado de un gran garrote. Por un momento abrigué la sospecha de que intentaba acometerme para robarme; pero con no poca sorpresa de mi parte, ví que en lugar de asaltarme me saludaba, sonreía, y señalando con una mano mi barba, acariciábase la propia con la otra, repitiendo hasta tres veces ciertas palabras que no comprendí, pero que pareciéndome una pregunta, ofrecíle contestársela. Movido

por la curiosidad, llamé al oficial de la escolta que sabe algo el español, y le rogué, que me dijera, que me explicase lo que aquel hombre me pedía. ¡Quién era capaz de imaginarlo! No sé si en son de cumplimento ó por qué motivo, habíame preguntado, sin preámbulos, por qué no me dejaba crecer toda la barba que habría sido más bella que la suya! Los soldados de la escolta nos seguían á cierta distancia, y como quiera que nos llamáramos á voces los unos á los otros por nuestros nombres, y era aquella la vez primera que llegaban á sus oídos, pareciéndoles extraños, se refan, y los iban repitiendo entre sí con la pronunciación á ellos peculiar, estropéandolos del modo más bizarro: «*Isi, Amigi.*» De repente el oficial de la escolta pronunció la palabra *scut* (silencio) y todos obedecieron. El sol estaba ya muy alto, las rocas quemaban, y hasta el capitán, acostumbrado á la temperatura de Túnez, sentía la necesidad de ponerse á la sombra, por cuyo motivo, después de haber dirigido una postrer mirada á la cima del Atlas, descendimos en línea recta, y ahorcajados en nuestras sillas purpurinas, emprendimos el camino de Fez, donde nos aguardaba una agradable sorpresa. La puerta de El Ghisa, por la cual debíamos verificar nuestra entrada en la ciudad, hallábase cerrada!

—No importa, dijo el comandante, entremos por otra.

—Están todas cerradas, contestó el oficial, que, comprendiendo nuestra sorpresa por nuestras miradas, explicónos el misterio, diciéndonos que todos los días festivos, (era aquel un viernes) desde medio día al toque de queda, cuyo espacio está destinado á las oraciones, se cierran todas las puertas de todas las ciudades, porque, según creen los musulmanes, en dicha hora y en un día festivo de no se sabe qué año, los cristianos se apoderarán por sorpresa de su país. No hubo, pues, más remedio que esperar á que fuese abierta la puerta. Apenas entrados,

fué nos dirigido un agradable cumplido. Una vieja nos enseñó el puño á todos y cada uno murmurando no sé qué palabras. Preguntéle al oficial qué querían decir.



Una calle

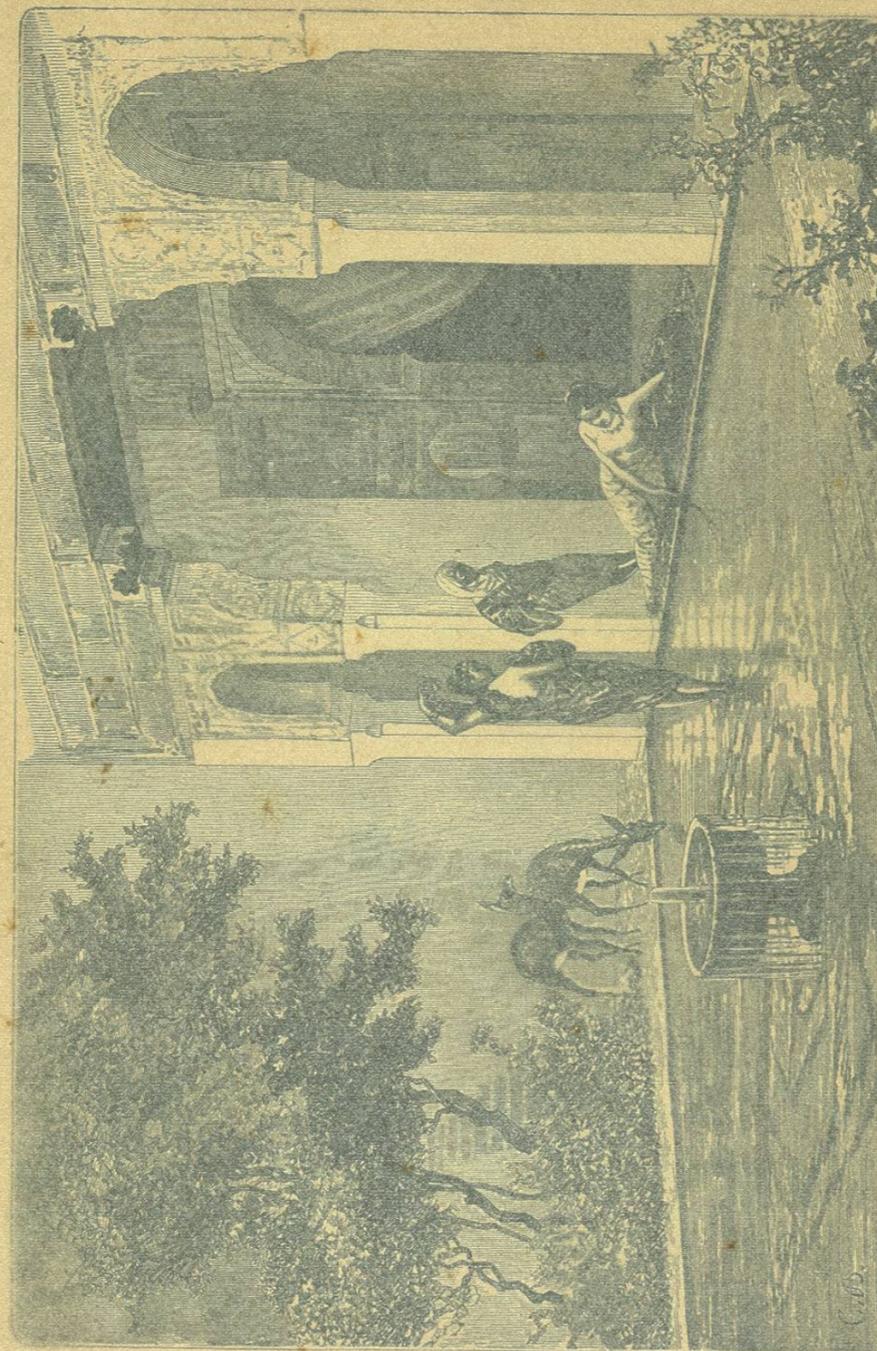
soldados, criados y otras personas, parte dispuestos en círculo alrededor del enfermo, parte extendidos en hilera desde el lugar de la operación hasta la puerta de la calle, en la cual veíase también una muchedumbre inmensa que aguardaba el resultado. El enfermo era un moro ya entrado en años que

— Nada, nada, — me contestó; — está loca.

Insistí, asegurándole que fuese lo que fuese lo que hubiese dicho no me importaba gran cosa, y entonces me dijo echándose á reír:

— Pues bien, es un dicho del país: los hebreos á las parrillas y los cristianos... al asador.

Coram populo y en el jardín del palacio, ha practicado el médico la operación de batir las cataratas á un enfermo que á él ha acudido. Había allí una muchedumbre inmensa de parientes y amigos del paciente,



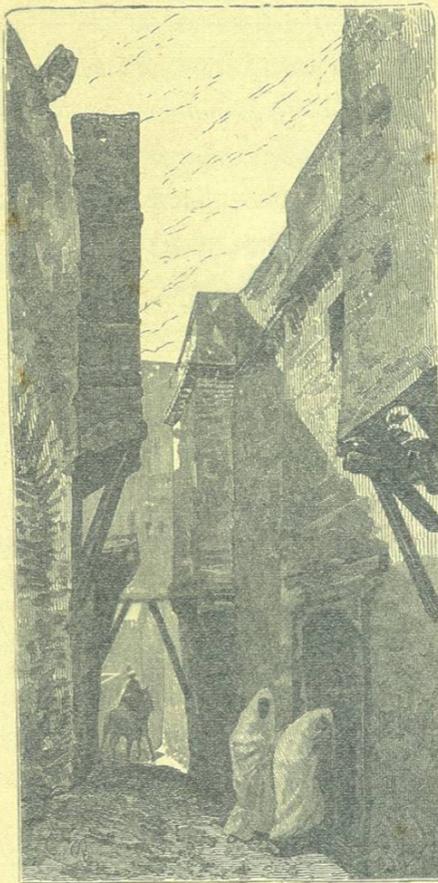
Interior de un harem

fué nos dirigido un agradable cumplido. Una vieja nos enseñó el puño á todos y cada uno murmurando no sé qué palabras. Preguntéle al oficial qué querían decir.

— Nada, nada, — me contestó; — está loca.

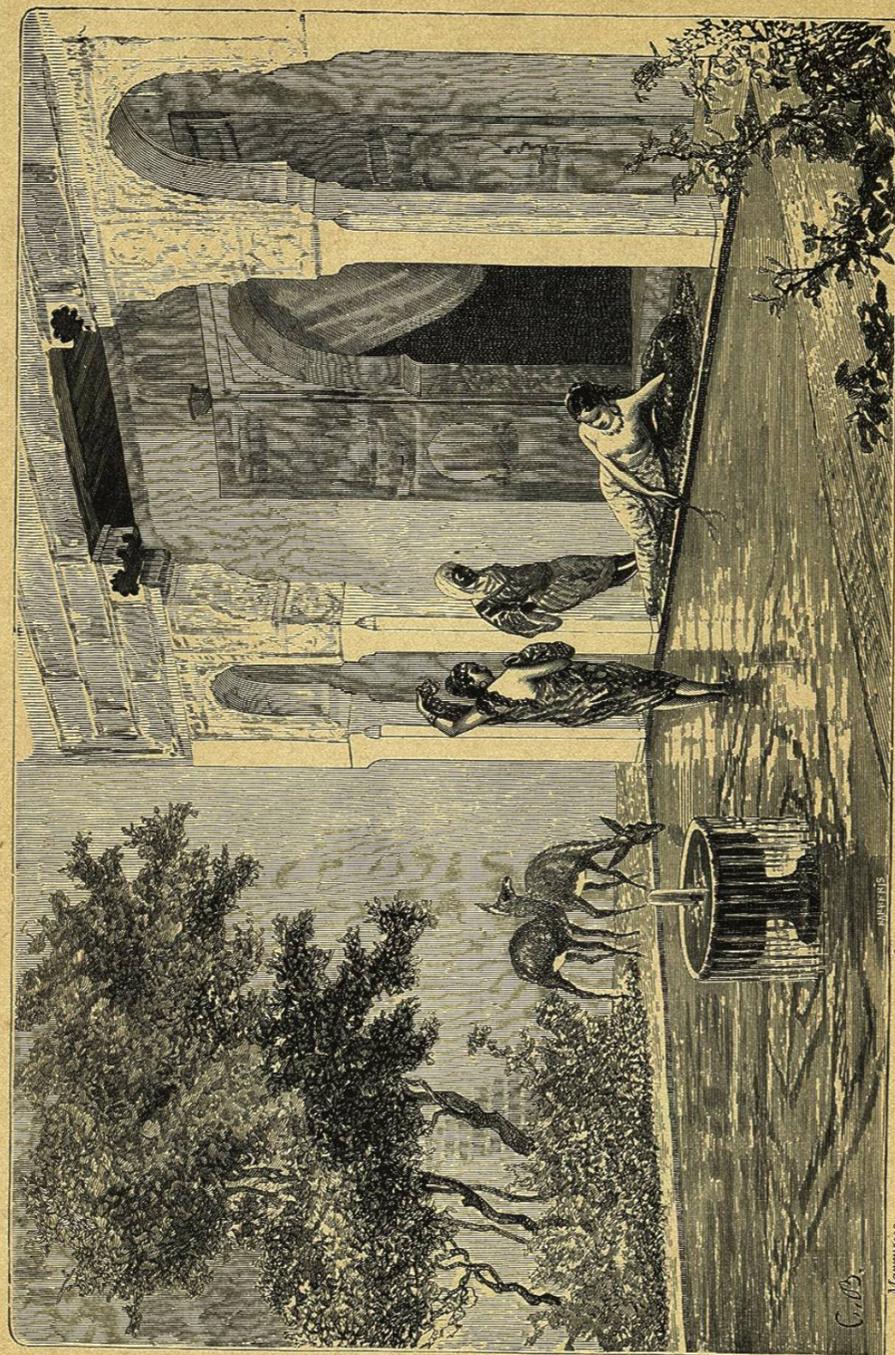
Insistí, asegurándole que fuese lo que fuese lo que hubiese dicho no me importaba gran cosa, y entonces me dijo echándose á reír:

— Pues bien, es un dicho del país: los hebreos á las parrillas y los cristianos... al asador.



Una calle

Coram populo y en el jardín del palacio, ha practicado el médico la operación de batir las catáratas á un enfermo que á él ha acudido. Había allí una muchedumbre inmensa de parientes y amigos del paciente, soldados, criados y otras personas, parte dispuestos en círculo alrededor del enfermo, parte extendidos en hilera desde el lugar de la operación hasta la puerta de la calle, en la cual veíase también una muchedumbre inmensa que aguardaba el resultado. El enfermo era un moro ya entrado en años que



Interior de un harem

hacía tres había perdido la vista. Al irse á sentar se detuvo como atemorizado; mas luego efectuólo resueltamente, sin dar el menor indicio de vacilación. En tanto el médico estaba operando, toda aquella gente parecía petrificada. Los chiquillos permanecían cogidos á las faldas de sus madres, y éstas abrazadas entre sí, viéndose pintado en sus rostros el terror, del mismo modo que si asistieran á una ejecución capital. No se oía una mosca. Nosotros mismos, teniendo en cuenta la importancia «diplomática» de la operación, éramos presa de la más viva ansiedad... De repente el enfermo lanzó un grito de júbilo y cayó de rodillas. Había experimentado la primera impresión de la luz. Cuantos se hallaban en el jardín saludaron al médico con un aullido, que fué contestado por otro semejante en que prorrumpió la muchedumbre agrupada en la calle. Los soldados hicieron salir inmediatamente á todo el mundo menos al enfermo, y en pocas horas se difundió por toda la ciudad la noticia de la maravillosa operación.

¡Afortunado doctor! Aquella misma noche vió premiado su saber, pues fué llamado á visitar las mujeres más hermosas del harem del gran cherife Bacali, que se le presentaron con el rostro descubierto, en toda la pompa y esplendor de sus regias vestimentas y le hablaron lánguidamente de los males que las aquejaban, clavando en sus ojos sus miradas de fuego. ¿De qué le sirven tantas mujeres al viejo cherife? De lo mismo que las suyas á los mutilados cortesanos de los Faraones egipcios, de los schas de Persia, de los emperadores griegos de Constantinopla y de los sultanes de Estambul. Entre otras visitó á una negra hermosísima, de formas espléndidas y correctísimas, cubierta de sortijas, brazaletes, collarés y ajorcas, que como casi todas las demás, quejábase de extraordi-

naria languidez. El médico la preguntó relativamente á las causas que produjeron su dolencia.

—¿Sin necesidad de dirigirme tales preguntas, — dijo, — no podríais darme el remedio?

El médico contestó que si se las dirigía, era porque á ello le obligaba la necesidad.

—Los cristianos son muy curiosos.

—Pero cuando su curiosidad no se ve satisfecha, — repuso el doctor, — adivinan.

—¿Y qué es lo que habéis adivinado?

El médico expresó su pensamiento, y la negra se cubrió el rostro.

Por mi parte le pregunté también qué era lo que había adivinado; mas se limitó á responderme:

—*Lesbo! Lesbo!*

* * *

Algunas veces vienen españoles renegados á ver al señor Patxot. Según parece, el número de esos desgraciados llega á trescientos en todo el Imperio. Los más son españoles, desertores de los presidios de la costa de África, en los cuales sufrían las condenas que les fueron impuestas por delitos comunes: los hay franceses desertores de la guarnición de Argel; no faltando algunos aventureros venidos de diferentes puntos de Europa. Antiguamente se les tenía en gran estima, hasta el punto de concedérseles en el ejército los cargos más importantes: formaban cuerpos militares especiales, y se les concedían pingües emolumentos; mas en la actualidad su condición es muy distinta. En cuanto llegan, abjuran la religión cristiana, y abrazan el islamismo, sin circuncisión ni más

ceremonia que pronunciar una fórmula sencillísima. Hecho esto no hay nadie absolutamente que vigile si cumplen ó no sus deberes religiosos, y la verdad es que la inmensa mayoría jamás pone los pies en una mezquita, ni sabe siquiera el texto de sus oraciones y plegarias. Para atarlos al país no se toma más precaución que la de obligarles á contraer matrimonio, para lo cual el Sultán cede al que la quiere una de sus negras; pudiendo, sin embargo, elegir para esposa una mora ó una árabe libre, corriendo en todo caso de cuenta de aquél los gastos de la boda. Todos están obligados á inscribirse en el ejército, sin que esto sea impedimento para que puedan ejercer el oficio que mejor les cuadre. En su mayor parte pertenecen á la artillería, muchos á la banda ó música militar, cuyo director es un español. Los soldados disfrutan una paga de cinco sueldos al día, siendo de veinticinco ó treinta la de los oficiales: el que se distingue por su talento ó especiales conocimientos, puede alcanzar hasta dos pesetas. Actualmente, por ejemplo, se habla mucho de cierto renegado alemán, dotado de grandes disposiciones mecánicas, que se ha creado una posición envidiable. Sin que se conozca el motivo, huyó de Argel el año 1873; se dirigió á Tafílete, en los confines del desierto, donde permaneció dos años, aprendiendo el idioma árabe; trasladóse á Fez; sentó plaza, y en pocos días, valiéndose de algunas herramientas que trajo consigo, construyó un revólver. El hecho llamó extraordinariamente la atención: el revólver, pasando de mano en mano, llegó á las del ministro de la Guerra, que habló de ello al Emperador, y éste llamó al soldado, le ofreció su protección, regalóle diez pesetas, y elevó su salario á cuarenta sueldos diarios. Preciso es consignar, sin embargo, que tales fortunas son rarísimas. Lo más común, lo general,